

LA AFABILIDAD COMO FRUTO DEL ESPIRITU SANTO

ANGEL SUQUÍA GOICOECHEA

Director de la Casa Diocesana de Ejercicios Espirituales
de Nuestra Señora de la Almudena (Madrid)

SUMARIO: Terminología general de los frutos.—Terminología particular de la benignidad. La afabilidad en la Sagrada Escritura.—La afabilidad como virtud moral y como fruto del Espíritu Santo.—La severidad se opone a la afabilidad.—La afabilidad de Dios, modelo de nuestra afabilidad.—Nuestra afabilidad, imitación de la afabilidad divina.

TERMINOLOGÍA GENERAL DE LOS FRUTOS

SE llaman frutos porque proceden de un mismo principio como de su origen y raíz: del don increado del Espíritu Santo y del don creado de la gracia santificante.

Se distinguen por el proceso diverso que, en su desarrollo, sigue el Espíritu Santo en cada uno de los justos. Ordena la vida propia del individuo en sus relaciones con Dios, a quien debe someterse, y este orden trae consigo, como frutos, la caridad, el gozo, la paz, la paciencia y la longanimidad. Ordena las relaciones del individuo con sus iguales, a los que le ligan vínculos de convivencia humana, y este orden produce los frutos de la benevolencia, benignidad, mansedumbre y fidelidad. Ordena, finalmente, las relaciones del individuo para con todo aquello que está bajo su dominio y señorío, y este orden trae consigo los frutos de la modestia, de la continencia y de la castidad (1).

Se llaman frutos no sólo por razón de la fruición personal —fruí—, sino por razón de la fructificación apostólica (2). Si es verdad que de los frutos goza el mismo que los tiene, no es ésta, a nuestro parecer, la razón última de la nomenclatura, sino el que los saboree también el prójimo, los guste, y este sabor dulce de los frutos que produce la vida cristiana en los cristianos le lleve, misteriosamente, los ojos y el alma a Dios.

(1) H-II, q. 70, a. 3 ad corp.

(2) GARDEIL, A., art. *Fruits du Saint-Esprit*, en "Dictionnaire de Théologie Catholique", t. VI (Paris, 1947), col. 947 s.

TERMINOLOGÍA PARTICULAR DE LA BENIGNIDAD

La benignidad está, en la línea de la justicia, entre la benevolencia y la cordialidad. En la línea de las palabras, entre la mansedumbre y la fidelidad.

Se llaman benignos aquellos en los que arde el deseo de hacer el bien al prójimo. "Bona-igneitas", en la terminología escolástica. Santo Tomás determina exactamente el sentido de la palabra con una cita oportuna de San Isidoro: "Benigno es aquel a quien le sale espontáneamente hacer el bien y cuya conversación es dulce" (3).

El "jrestótes", "jrestós", de los LXX se traduce en la Vulgata, indistintamente, por "benignitas", "bonus", "humanitas".

En castellano, luego de haber cotejado los diccionarios de la Lengua con los autores clásicos de la literatura religiosa española, sobre todo con Santa Teresa de Jesús, nos parece, aunque no de un modo definitivo, que al "jrestótes", "jrestós"—del griego—, y al "benignus", "humanus", "bonus"—del latín—responde perfectamente la palabra castiza de "afabilidad" (4).

Por eso, será el término que usemos con preferencia en nuestro trabajo.

LA AFABILIDAD EN LA SAGRADA ESCRITURA

a) "Jrestótes", "jrestós", se dice en la Sagrada Escritura *de las cosas cuyo uso nos agrada*, en contraposición a aquellas cuyo uso nos resulta desagradable.

El vino añejo deja un buen regusto en la boca; cuando se ha bebido de él una vez, ya no se quiere beber de otro nuevo, porque éste sabría mal, mientras aquél tiene un sabor exquisito—"jrestós"—(5).

El que se acerca a Cristo para tomar su yugo sobre las espaldas y seguirle, lejos de hallar pesada la carga, la encuentra suave—"jrestós"—(6).

b) Se dice también *de las personas cuyo trato nos agrada*, en contraposición al trato de quienes, siendo amigos, no tuvieron delicadeza alguna.

San Pablo va camino de Roma. Huye de los falsos hermanos que quisieron matarle. Ha sufrido azotes, escarnios, insultos y

(3) "... Benignus est vir sponte ad benefaciendum paratus, et dulcis alloquio." "...Est habitus voluntarie benefactivus." II-II, q. 80, a. 1, ad corp. y ad 4^{am}.

(4) Cfr. SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, c. 27, n. 18; c. 38, n. 21; *Camino de perfección*, c. 41, n. 7; *Modo de visitar los conventos*, nn. 3-4.

(5) *Lc.*, 5, 39.

(6) *Mt.*, 11, 28.

vejaciones sin número. Una defensa vigorosa delante de Agripa le hubiera valido la libertad si él mismo no hubiera apelado antes al César. En Sido, el Apóstol se ve gratamente sorprendido por las atenciones de los carceleros. El jefe de la expedición—"jresámenos epétrepseu"—, "humane agens" (7), le permite visitar a los amigos.

c) "Jrestós" se dice de la *persona que es material y espiritualmente útil*. San Pablo escribe a Filemón para recomendarle a Onésimo. Ha huído de su señor para refugiarse en la compañía del Apóstol, que le ha engendrado para Cristo en las cadenas del cautiverio. Le recomienda con estas palabras: "Recibe a Onésimo, que en algún tiempo te fué inútil—"ájreston"—y que ahora, lo mismo a ti que a mí, nos es útil—"eújreston"—(8).

d) "Jrestós" se dice de la *persona* que, por su afabilidad y buen trato, atrae al que sufre y está apenado, y que, lejos de imponer aflicción sobre aflicciones, impone—es verdad—una carga para liberarle del sufrimiento, pero una carga que se lleva de buen grado porque es suave y ligera—"jrestós" (9).

e) "Jrestótes" dícese de la *afabilidad personificada en el Niño Dios*, que nace entre unas pajas; que, tembloroso de amor y de bondad, invita a todos a que vengan a El: "Ha aparecido la afabilidad y la bondad—"jrestótes kai filanzropia"—del Salvador" (10), enseñándonos a imitarle en ese rasgo admirable de caridad que le hace tan accesible a los hombres.

La afabilidad dice, por lo tanto, una mayor determinación de la benevolencia. Esta tiende a hacer el bien al prójimo. Aquélla tiende a entregar la propia persona junto con el bien que se le entrega; y cuando no es posible llegar con el socorro, material o espiritual, con que la benevolencia querría llegar, se acerca con la afabilidad: le recibe y le escucha. Se hace como Dios, que atiende a los que le invocan y tiene piedad aun de los que jamás le invocaron. Si la cordialidad da el bien del amor mismo y del afecto, la afabilidad regala con amor la palabra, bálsamo que cura y suaviza heridas que abren no pocas veces la dureza y la asperidad.

LA AFABILIDAD COMO VIRTUD MORAL Y COMO FRUTO DEL ESPÍRITU SANTO

La virtud de la afabilidad es una virtud que llamaríamos social y humana. Nace de las exigencias sociales de la sociedad en

(7) *Act.*, 27, 3.

(8) *Phil.*, 1, 14.

(9) *Mt.*, 11, 28.

(10) *Tit.*, 3, 4.

que vivimos. Sin la sinceridad de unos miembros con otros la sociedad no podría subsistir. De la misma manera, si cada uno de los hombres no se hubiere convenientemente con los otros en la conversación y en el trato, sin ofender a nadie, y sin que a su vez se ofenda de las palabras y de los actos ajenos, la sociedad sería insoportable (11). Por eso la virtud de la afabilidad se la "debemos en alguna manera" a la sociedad y la concebimos como parte de la justicia (12).

La afabilidad es para hacer grata la vida de los que nos rodean, porque nadie puede vivir mucho tiempo con los tristes (13). Santa Teresa tiene un concepto peculiar de esta virtud. Cuando ella era joven aun, en medio de sus mismas ligerezas y vanidades, era mujer que se complacía en dar gusto a los demás (14). En sus instrucciones a las monjitas de San José de Avila, recalca mucho la misma idea: "Todas las personas que os trataren, amen vuestra conversación. Mientras más santas, más conversables con las hermanas" (15). Supo tomar las debidas precauciones para que no hicieran daño en sus comunidades las almas melancólicas que recargan la vida propia y ajena con tintes demasiado negros (16).

La afabilidad llega a todos sin distinción; aunque no a todos en la misma medida, sino en la que conviene a cada cual: a los amigos como a amigos, y a los extraños como a extraños (17).

Pero ¿no será una hipocresía, lejos de ser virtud, mostrar amor a quien no se ama? No. Porque es la manifestación del amor que, en alguna manera, debemos a todos los hombres con los que estamos vinculados con los lazos naturales de la convivencia social (18).

Los dones del Espíritu Santo perfeccionan las virtudes morales del hombre. Este puede conducirse conforme a las normas humanas bajo el criterio de la propia razón; pero si aun para esto es ayudado

(11) "[...] Homo naturaliter est animal sociale, debet ex quadam honestate veritatis manifestationem aliis hominibus, sine qua societas hominum durare non posset. Ita nec sine delectatione." II-II, q. 114, a. 2, ad 1um.

(12) "[...] Haec virtus est pars iustitiae [...] Non habet plenam debitum rationem, sed solum attendit quoddam debitum honestatis." II-II, q. 114, a. 2, in corp.

(13) ARISTÓTELES, *Ética*, lib. 8, c. 5.

(14) "[...] Un hermano de mi padre [...] hacíame le leyese buenos libros de romance..., y aunque no era amigo de ellos, mostraba que sí; porque en esto de dar contento a otros he tenido extremo, aunque a mí me hiciese pesar." SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, c. 3, n. 4.

(15) SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, c. 41, n. 7.

(16) SANTA TERESA DE JESÚS, *Libro de las Fundaciones*, c. 7, nn. 6-10.

(17) "[...] Non enim ostendit eis signa perfectae amicitiae, quia non eodem modo se habet familiariter ad extraneos sicut ad eos qui sunt sibi speciali amicitia juncti." II-II, q. 114, a. 1, ad 2um.

(18) II-II, q. 115, a. 1, in corp. y ad 1um.

de Dios con un instinto especial, se debe a un exceso de bondad divina (19).

Conducirse en el trato y en la conversación con los hombres conforme a las normas humanas bajo el peso de la propia razón, no deja de ser una virtud moral; conducirse en el trato y en la conversación con los hombres conforme a las normas de la razón y de la fe bajo el dulce atractivo de un instinto especial del Espíritu Santo, llega a ser uno de sus más sabrosos frutos: el de la afabilidad o benignidad.

LA SEVERIDAD SE OPONE A LA AFABILIDAD

A la afabilidad—"jrestótes"—se opone la severidad o la agriedad—"apotomía, pikría"—.

San Pablo habla, en la Epístola a los Romanos (20), de la severidad de Dios. Escribe a los de Corinto una carta dura porque, al presentarse delante de ellos, quiere tratarles menos severamente (21). Recuerda a los de Efeso que son miembros de un mismo Cuerpo para recomendarles la afabilidad en el trato mutuo y condenar las palabras duras, agrias—"pasa pikría"—que entristecen al prójimo y al Espíritu Santo, que vive en ellos (22).

¿Qué tendrán las palabras afables—decía el poeta—, que se recogen con amor, como un ramo de flores, y se guardan en lo íntimo del espíritu para aspirar su perfume en los momentos amargos de la existencia?

El Evangelio ha condenado seriamente las palabras que hieren al prójimo: "Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: no matarás; y quien matare, será condenado a muerte en juicio. Yo os digo más: quienquiera que tomare ojeriza con su hermano, merecerá que el juez le condene; y el que le llamare reca, merecerá que le condene el concilio; mas quien le llamare fatuo, será reo del fuego eterno" (23).

El Apóstol, bajo el recuerdo y la impresión de la bondad del Salvador, aconseja a Tito que instruya a sus fieles en la obediencia a los superiores, en la amabilidad entre ellos, para que vivan lejos de la blasfemia y de las pependencias (24).

(19) "[...] Manifestum est autem quod virtutes humanae perficiunt hominem, secundum quod homo natus est moveri per rationem in his quae interius vel exterius agit. Oportet igitur inesse homini altiores perfectiones secundum quae sit dispositus ad hoc quod divinitus moveatur." I-II, q. 68, a. 1, in corp.

(20) *Rom.*, 11, 22.

(21) *2 Cor.*, 13, 10.

(22) *Ephc.*, 4, 31.

(23) *Mt.*, 5, 21 ss.

(24) *Tit.*, 3, 2.

San Ignacio de Loyola, que había pasado por pruebas formidables del espíritu que le tuvieran al borde mismo de la desesperación, sabe lo que una palabra puede hacer en el espíritu, y advierte al que da los Ejercicios “que si ve al que los hace triste y desolado, no se haya con él duro ni desabrido” (25). En las Constituciones de la Compañía, en el capítulo destinado precisamente a los superiores, señaló el fundador, con estupenda precisión, los límites justos de esta virtud: “Sepa mezclar de tal modo la recitud y la seriedad necesarias con la benignidad y la mansedumbre, que ni se deje fletar de lo que juzgare más agrandar a Dios Nuestro Señor, ni deje tener la compasión que conviene tener de sus hijos” (26).

LA AFABILIDAD DE DIOS, MODELO DE NUESTRA AFABILIDAD

La afabilidad, como fruto del Espíritu Santo, es obra de Dios. De otra manera no podría servir para la edificación del prójimo. Es verdad que el hombre tiene su parte, aunque subordinada, en esta obra; porque el hombre se salva siempre en la acción de Dios (27), sólo desaparece la esterilidad moral (28) y los valores humanos adquieren un nuevo brillo en la vida deiforme (29).

Cuando la caridad invade el alma, uniéndola a Dios, la va asemejando más y más a El. Hay un contagio profundo: el alma piensa, obra, habla, siente, como Dios. Cuanto la caridad es más perfecta, la identificación es más total. Las obras en sazón caen entonces de la caridad madura, como los frutos del árbol, como el aroma del huerto. Cuando Dios se complace en llegar al alma a través de esas comunicaciones íntimas y profundas de la vida mística, hay una sobreabundancia espléndida de frutos que sirven para la edificación de los demás.

“Comienza a dar muestras de alma que guarda tesoros de cielo, y a tener deseos de repartirlos a otros, y suplicar a Dios no sea ella sola la rica. Comienza a aprovechar a los prójimos casi sin entenderlo ni hacer nada de sí; ellos lo entienden, porque ya las flores tienen tan crecido el olor, que les hace desear llegarse a

(25) *Exercitia Spirituality Sancti Ignatii de Loyola et eorum Directoria*, en “Monumenta Historica Societatis Jesu” (Matriti, 1919), p. 230. Cfr., asimismo, la *Imitación de Cristo*, lib. 1, c. 13, y el Directorio de González Dávila, en *Exercitia Spirituality Sancti Ignatii de Loyola et eorum Directoria*, p. 907.

(26) *Sancti Ignatii de Loyola Constitutiones Societatis Jesu*, en “Monumenta Historica Societatis Jesu” (Romae, 1936), t. II, p. 664.

(27) *Lc.*, 9, 24.

(28) *Ephe.*, 5, 27.

(29) *1 Ptr.*, 3, 4.

ellas. Entienden que tiene virtudes y ven la *fruta* que es codiciosa. Quiérenle ayudar a comer" (30).

"Los cuales—olores del huerto—son en tanta abundancia algunas veces, que al alma le parece estar vestida de deleites y bañada en gloria inestimable; tanto que no sólo lo siente ella dentro, pero aun suélele redundar tanto de fuera, que le conocen los que saben advertir, y les parece estar la tal alma como un deleitoso jardín de deleites y riquezas de Dios. Y no sólo cuando estas flores están abiertas—por los toques místicos divinos—se echa de ver esto en estas santas almas, pero ordinariamente—en su vida de fe y de amor—traen un no sé qué de grandeza y dignidad que causa respeto y detenimiento a los demás" (31).

El cristiano perfecto—no caben medianías en el cristiano—es afable con la afabilidad de Dios, que se complace, como en sus propios actos, en escuchar y en bendecir: "oíjrtimos, eulogía".

Dios es afable al constituirse a sí mismo como objeto de nuestra dicha eterna. Cuando le veamos cara a cara en el cielo, "conversaremos" con El eternamente: "Si amicitia delectat, diligenter Deum plus quam seipsos, et Deus illos, plus quam illi seipsos, et invicem tamquam seipsos; quia illi illum et se invicem per illum; et ille se et illos per ipsum" (32).

"El premio de la virtud será el mismo que nos dió la virtud. Colmará todos nuestros deseos Aquel a quien le veremos por siempre, le amaremos sin jamás cansarnos, le alabaremos sin sentirnos nunca fatigados" (33).

Entre los extremos del error maniqueo y panteísta está la Verdad cristiana. Ni Dios está tan distante que sea imposible su acción creadora, que termina inmediatamente en la misma criatura, ni está tan cerca que se confunde con ella. Es un ser infinitamente trascendente, pero que, en su infinita bondad y misericordia, se nos hace accesible, trata y conversa con nosotros, porque "sus delicias son estar con los hijos de los hombres" (34). Ayer habló a Israel, por medio de los profetas, y hoy, en un exceso de afabilidad, nos habla, personalmente, por medio de su propio Hijo (35). "Dió a entender el Apóstol que Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar porque lo que hablaba antes en parte a los profetas, ya lo ha hablado en El todo, dándonos al Todo, que es su Hijo" (35 bis).

(30) SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, c. 10, n. 3.

(31) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, can. 17, n. 5.

(32) SAN ANSELMO, *Proslogion*, cc. 24-26, en PL, t. 158, col. 239 s.

(33) SAN AGUSTÍN, *De civitate Dei*, lib. 22, c. 30, en PL, t. 41, col. 801.

(34) *Prov.*, 8, 1.

(35) *Hebr.*, 1, 1.

(35 bis) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo*, lib. 2, c. 22, n. 4.

Se nos dió por amigo al nacer: "se nascens dedit socium". Todos podemos conversar con El: los pecadores se le acercan llorando (36); los enfermos y necesitados le apretujan por sentir el benéfico influjo de su poder divino (37); los niños se sientan en sus brazos para recibir sus blandas caricias (38); los gentiles y publicanos admiran su condescendencia porque entra en casa de ellos (39). La palabra de Baruc tuvo una realización perfecta en Cristo: "Vivió conversando con los hombres" (40).

Prometió estar con ellos hasta el fin de los siglos y lo está en la Eucaristía, en la Iglesia, en cada uno de los miembros de su Cuerpo místico. Sigue hoy tan cerca como ayer, como mañana, como siempre.

Si la oración es para "tratar de cosas de amistad con quien sabemos nos ama mucho" (41), podemos "pedirle como a Padre, suplicarle como a Padre, hablarle" (42). San Agustín se admirará de la bondad divina, que nos admite en su presencia a pesar de nuestras miserias. Casi nunca está nuestra oración plenamente en Dios: es distraída, poco delicada. ¿Quién admitiría un tercero en los diálogos íntimos? Sólo Dios nos soporta, porque es infinitamente afable.

Dios sigue comunicándose a solas en el secreto de los corazones. Sus mensajes personales se desean con anhelo indecible, cuando la noche del sentido y del espíritu deja el alma vacía de todo lo que no sea caminar en "fe y amor" (43).

Con la experiencia de la afabilidad divina nace el gusto de Dios en las almas que se acogen a El como a piedra, refugio, monte. Se desea más un solo día en casa de Dios, que mil años en casa de los pecadores (44).

Con la experiencia de la afabilidad divina, el alma se pone en marcha hacia Dios. La veracidad es el motivo formal de la fe: se cree en el misterio de Cristo porque El—que no puede engañarse ni engañarnos—lo ha revelado. La afabilidad es el motivo formal de nuestra marcha hacia Dios: "Creemos que Dios existe y que premia a los que van a El" (45). Hay una correlación entre la afabilidad y la fe. No es ésta una noción puramente intelectual, sino también afectiva. El entendimiento es el que asiente a la

(36) *Lc.*, 7, 37.

(37) *Mc.*, 5, 24.

(38) *Lc.*, 18, 15-17.

(39) *Lc.*, 7, 37; *Lc.*, 19, 1-10.

(40) *Bar.*, 3, 38.

(41) SANTA TERESA DE JESÚS, *Vida*, c. 8, n. 5

(42) SANTA TERESA DE JESÚS, *Camino de perfección*, c. 28, nn. 2-3.

(43) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, can. 6.

(44) *1 Ptr.*, 2, 4; *Ps.*, 83, 11.

(45) *Hebr.*, 1,1, 6.

verdad de Cristo, pero es la voluntad la que ordena el asentimiento. La gracia invade todo el mecanismo sobrenatural.

Dios es una Verdad que se comunica. La Encarnación es una comunicación sustancial: "Bendito Dios y Padre de N. Señor Jesucristo, que nos ha bendecido—acto propio de la afabilidad—en su Hijo..." (46).

NUESTRA AFABILIDAD, IMITACIÓN DE LA AFABILIDAD DIVINA

La afabilidad, como fruto del Espíritu Santo, no es precisamente para que goce de ella el cristiano, sino para que "edifique" al prójimo. Una epifanía constante de Cristo en el mundo para descubrir sensiblemente el corazón de Dios a los hombres y hacerles volver los ojos a la sociedad eterna del cielo (47). "Así brille vuestra luz delante de los hombres, que vean vuestras obras buenas y glorifiquen al Padre que está en los cielos" (48).

La caridad es esencialmente una e indivisible, pero al ponerse en contacto con las necesidades sociales tan diversas toma múltiples facetas. Los colores no se forman en el sol, sino en la tierra iluminada. Es la misma caridad la que ahora obra el bien con benevolencia, luego escucha con afabilidad, mañana ama con cordialidad y afecto. La misma caridad siempre que inviste al prójimo por todas partes para iluminarle el camino a Dios.

Debemos ser imitadores de la afabilidad de Dios. No faltan ocasiones en la vida para que el amor se extienda, ya sea en forma de benevolencia, ya sea en forma de cordialidad o de afabilidad. ¡Hay tantísimos a quienes escuchar, atender y recibir!

El autor anónimo de la *Carta a Diogneto* recalca este nuestro deber: "Dios fué caridad y afabilidad al enviarnos a su propio Hijo para rescatarnos del pecado. Si Dios ha hecho esto con nosotros, es justo que primero conozcamos al Padre, luego le amemos, y cuando comencemos a amarle, le imitemos" (49).

San Ireneo insiste en lo mismo en su obra *contra los Herejes*: es en esto de la afabilidad en lo que, sin duda, podemos imitar a Dios, porque en otras cosas nos resulta imposible (50).

a) La afabilidad está siempre pronta para ejercer la *hospitalidad*. Quien comulga con las necesidades de los fieles, quiere so-

(46) *Ephe.*, 1, 3.

(47) *1 Ptr.*, 2, 12; *Lc.*, 10, 29.

(48) *Mt.*, 5, 16.

(49) "[...] Primum quidem cognoscas Patrem [...] quantum diliges eum qui prior te dilexerit? Cum autem diligere coeperis imitator eius benignitatis eris." *Epist. ad Diognetum*, en PL, t. 2, col. 1480 ss.

(50) *Contra Haereses*, en PG, t. 8, col. 1034, s.

correr a sus hermanos, va en busca—"sectantes"—de la ocasión para ejercer la hospitalidad con todos. Es más: no se trata del simple ejercicio de la hospitalidad, sino de un amor profundo—"filosofían dío kontes"—a la misma: de un amor que impele a recibir a Cristo en cada uno de sus miembros (51). "Fuí huésped, y me recibisteis" (52). ¡Con qué encarecimiento recomienda el Apóstol a los hebreos que no se olviden de la hospitalidad que Abrahán prestó al ángel para acordarse de los encarcelados y de los que sufren como si ellos mismos sufrieran cadenas y persecuciones! (53). En sus cartas a Tito y Timoteo, entre las cualidades que han de adornar la persona de los Obispos, señala siempre el que sea amante de la hospitalidad, dulce y afable (54).

La hospitalidad debe ser sincera, cordial. A los romanos les recomienda Febe, la cual está dedicada al servicio de la Iglesia de Cenerea, para que la reciban por amor del Señor como debe recibirse a los fieles y le den favor en cualquier negocio que necesitare de ellos (55). A Filemón le recomienda Onésimo para que le reciba de su parte como si fuera su mismo hijo (56).

La hospitalidad debe ser habitual, fácil, espontánea, de los unos para con los otros, con el fin de hacer una gran familia cristiana, sin tendencias a la división, unidos en Jesucristo, el cual es piedra angular, sobre quien trabado todo el edificio se alza para ser templo santo del Señor, morada de Dios por medio del Espíritu Santo (57).

b) La afabilidad invita a la *flexibilidad* con todos como conviene al siervo de Dios (58): depuesta toda malicia y engaño, los fingimientos e hipocresías y envidias y todas las murmuraciones (59). La madre que nutre a sus hijos es el símbolo de esta flexibilidad, que se ha de tener, ante todo, con los que acaban de nacer a una nueva vida de fe y a los que el Padre les alimenta con su Verbo (60). Así se comporta el Apóstol con los cristianos, como párvulo en medio de ellos, como madre que está criando, llena de ternura para con sus hijos (61). ¡Qué acento tienen las palabras de San Agustín! Quiere instruir a sus fieles a la manera

(51) *Rom.*, 12, 13.

(52) *Mt.*, 25, 35.

(53) *Hebr.*, 13, 2.

(54) *Tit.*, 1, 8; *Tim.*, 3, 2.

(55) *Rom.*, 16, 2.

(56) *Phl.*, 1, 15.

(57) *Eph.*, 2, 18-22.

(58) *2 Tim.*, 2, 24.

(59) *1 Ptr.*, 2, 2.

(60) *1 Tim.*, 2, 7.

(61) *1 Tim.*, 2, 7.

de Dios: les trata como la madre a sus hijos, como la gallina a sus polluelos.

c) La afabilidad procura *dar gusto al prójimo* en todo lo que es bueno y pueda edificarle (62); a imitación de Cristo, que nunca buscó la satisfacción propia (63); en todas las cosas, sin ofensa de Dios ni adulación, buscando agradar primero a Dios que a los hombres (64), sin querer nunca la utilidad propia interesadamente, sino la de los demás a fin de que se salven (65).

d) La afabilidad *bendice*—con la “eulogía”, que es su acto propio—a los que le maldicen y ora por los que le calumnian (66).

e) La afabilidad es *servicial*; con aquella servicialidad con que Cristo se humilló a sí mismo haciéndose obediente, en súbime acto de servicio, hasta la muerte y hasta la muerte de cruz (67); con aquella servicialidad del Apóstol, que se muestra dispuesto por tercera vez para ir a ver a los de Corinto, sin querer ocasionarles gravamen alguno (68), siguiendo al pie de la letra el consejo del Evangelio: “A quien te forzare ir cargado mil pasos, ve con él otros dos mil” (69).

f) La afabilidad cuida de los pequeños *detalles* de finura y delicadeza, del *saludo personal*, afectuoso y cordialísimo. El final de la carta a los Romanos es un tratado completo de afabilidad cristiana, llevada a la práctica con perfección.

Recuerda los nombres propios: “A Prisca y Aquila, a María, Andrónico y Junia, a Apeles, a los de la familia de Aristóbulo, a los de la casa de Narciso, a Trifena y a Trifosa, a Pérsida, a Rufo, a Asíncrito, a Flegonte, a Hermas, a Patrobas, a Hermes, a Filólogo y Julia, a Nereo y Olimpiade y a todos los santos que son fieles en el Señor.”

Enumera los servicios y los méritos de cada uno de ellos: “Los cuales, por salvar mi vida, expusieron sus cabezas”; “la cual ha trabajado mucho entre vosotros”; “mis parientes y prisioneros, que son ilustres entre los apóstoles y ministros del Evangelio”.

Alaba con largueza y sin miedo: “Los cuales creyeron en Cristo antes que yo”; “probado y fiel servidor de Jesucristo”; “los cuales trabajan por el servicio del Señor”; “la cual ha trabajado asimismo mucho por el Señor”.

(62) *Rom.*, 15, 2.

(63) *Tít.*, 2, 9.

(64) *1 Thess.*, 2, 4.; *Gál.*, 1, 10.

(65) *1 Cor.*, 10, 32.

(66) *Mt.*, 5, 21; SAN FULGENCIO, *Sermo 3 de Sancto Stephano*, c. 2, n. 3.

(67) *Phili.*, 2, 8.

(68) *2 Cor.*, 12, 15.

(69) *Mt.*, 5, 41.

Les muestra con palabras el afecto ternísimo que les tiene: "A su querido Epeneto"; "a Ampliato, a quien ama entrañablemente en el Señor"; "a su amada Eustaquis"; "a su carísima Pérsida"; "a Rufo, escogido del Señor", y "a su madre, que es mía".

Aun tiene la delicadeza de transmitirles el saludo de todos los que están con él: de Timoteo, de Lucio, de Jasón y de Sosipatro, de Cayo, de Erasto, del tesorero de la ciudad, de Cuarto y de toda la Iglesia.

Y todavía quiso permitir que su amanuense escribiera al margen de aquella carta—la más densa en doctrina y contenido—unas palabras, una postdata que denota toda la amabilidad y llaneza con que trataba el Apóstol a cuantos convivían con él: "Os saludo en el Señor, yo, Tercio, que he sido el amanuense de esta carta" (70).

LA PSICOLOGIA DE SANTA TERESA

POSTURAS - FEMINISMO - ELEGANCIA

por el P. NAZARIO DE SANTA TERESITA

Carmelita Descalzo

Prólogo del P. MAURICIO DE IRIARTE, S. J.

Profesor de Psicología Experimental en la Universidad Pontificia de Salamanca

Un volumen de 400 páginas. — Gráficas Sebastián. —
Madrid, 1950 — 35 pesetas

Dice el PRÓLOGO:

"Obra nueva debe llamarse ésta sin tópico. Nueva por la nueva metódica aplicada al estudio de su personalidad, perspectiva abierta sobre su vida y escritos, camino nuevo para su comprensión y, por lo mismo, descubrimiento de nuevos panoramas y de nuevas realidades en ese inagotable territorio del alma teresiana... Novísima y magnífica semblanza de Teresa de Jesús, como mujer, santa y mística, en su unidad plurivalente... La maestría de toda la obra hace de ella tal vez la mejor introducción y guía para el conocimiento de la Santa, y nada digamos para la lectura de sus escritos."

Pedidos al autor: "LA SANTA" — AVILA